

# Contra la Antigüedad Tardía: algunas reflexiones en torno al sistema de poblamiento post-romano en Europa occidental

## *Against Late Antiquity: some remarks on the post-Roman settlement pattern in Western Europe*

---

**CARLOS TEJERIZO-GARCÍA**

Laboratorio di Archeologia e Storia Ambientale.  
Università degli Studi di Genova.

E-mail: [carlosteje@gmail.com](mailto:carlosteje@gmail.com)

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-9479-2720>

RECIBIDO: 3 DE NOVIEMBRE DE 2021

ACEPTADO: 20 DE FEBRERO DE 2022

**Resumen:** Desde los trabajos de Peter Brown publicados en los años 70 del pasado siglo, el concepto de «Antigüedad Tardía» ha tenido una excepcional acogida en la academia. Un proyecto historiográfico que ha implicado el desarrollo de estimulantes líneas de análisis del período post-romano en clave de transformación paulatina y continuidad frente a la idea de la decadencia y caída del Imperio Romano. Sin embargo, el éxito de este concepto ha supuesto su utilización acrítica y aparentemente neutral, obviando en muchas ocasiones la importante carga teórica que implica su empleo. En este trabajo, en primer lugar, se plantea una genealogía del proyecto de la Antigüedad Tardía con el objetivo de desentrañar las implicaciones teóricas y metodológicas del uso de este concepto para, en una segunda parte, y a partir de algunos casos de estudio sobre el poblamiento post-romano en Europa occidental, plantear sus limitaciones a la hora

de explicar los importantes cambios que se observan en el registro material de la quinta centuria. Finalmente, se propondrá un espacio de diálogo en el que sea la sólida argumentación sobre bases empíricas de calidad la que, a través del debate, señale la utilidad o no del uso de ciertos conceptos históricos.

**Palabras Clave:** Período histórico; Imperio Romano; Peter Brown; historiografía; genealogía.

**Abstract:** Since the works by Peter Brown from the 70s of the last century, the concept of «Late Antiquity» has had an exceptional reception within Academy. A project which has produced the development of compelling lines of analysis for the post-Roman period, departing from the slow transformation and continuity in contradistinction with the idea of decline and fall of the Roman Empire. However, the popularity of this concept in a specific academic context has supposed its uncritical, and apparently neutral, use,

and thus ignoring the significant theoretical background that its use implies. In this paper I will propose a genealogical analysis for the project of Late Antiquity, with the aim of unraveling the theoretical and methodological implications of the use of this concept. This will be used, in a second part of the paper, and through the analysis of some specific cases on the post-Roman settlement pattern in Western Europe, to show its limitations

for tackling the significant changes in the archaeological record of the 5th century. Finally, I will propose an arena of dialogue in which the solid argumentation based on a high-quality empirical base may show the utility, or not, of the use of some historic concepts.

**Keywords:** Historical period; Roman Empire; Peter Brown; historiography; genealogy.

## INTRODUCCIÓN: DE UN PROBLEMA NOMINAL A UN PROBLEMA DISCURSIVO<sup>1</sup>

**M**I profesor de Historia del colegio se llama Francisco, aunque aún a día de hoy le sigo llamando Paco. Él fue, como lo han sido los profesores de la secundaria para muchas otras personas, una influencia fundamental para que me decidiera por estudiar arqueología. En su primera clase, nos preguntó cuántos años pensábamos que tenía el ser humano como especie. Como es lógico, las respuestas dibujaron un amplio panorama temporal que iba desde el origen del universo hasta un tiempo inferior a las diez generaciones. La respuesta que nos dio entonces, unos dos millones de años desde la aparición de los primeros homínidos en un periodo que llamamos ahora el «Paleolítico Inferior», me impactó enormemente, dándome por primera vez una perspectiva tanto del tiempo como de la conceptualización de ese mismo tiempo con un término específico, aquel del Paleolítico Inferior. Pronto entendí, gracias a ese profesor, que la Historia, en tanto que un relato complejo –y apasionante– del ser humano en el espacio y en el tiempo, funciona necesariamente mediante la conceptualización y delimitación de las distintas franjas temporales en las que se desarrollan los procesos históricos. Dicho de otra manera, y verbalizando una evidencia a través de esta pequeña anécdota, como historiadores necesitamos delimitar los tiempos que manejamos (Bloch, 1993; Courtney, 1997; Febvre, 1953; Giardina, 1999).

<sup>1</sup> Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto MSCA IF «INPACT –*Industrialization and the process of modernity: the archaeological transformation of the rural world (18th-21st c.)*» (GA n.101032402)–, así como del proyecto «Arqueología de las sociedades locales en el sur de Europa: identidades, colectivos y territorialidades (siglos V-XI)» (PID2020-112506GB-C41). Agradezco los comentarios y aportaciones de Javier Martínez, Celia Rodríguez, Mario Fernández, Diego del Pozo y Mario Soriano a versiones anteriores de este trabajo, así como a Leticia Tobalina la invitación a participar en el seminario que dio lugar a estas reflexiones. Igualmente agradezco los comentarios de las evaluaciones externas, que han permitido expandir algunas de las ideas contenidas en el texto.

Sin embargo, la contraprestación de este ejercicio de parcialización es que nunca se parte de la neutralidad. Cualquier delimitación temporal implica, necesariamente, una Filosofía de la Historia y, en consecuencia, una determinada envoltura ideológica en la forma de conceptualizar el tiempo (Collingwood, 2004; Fabian, 2014; González-Ruibal, 2019; Haber, 2011). Así, la tradicional división en edades a la que estamos habituados (Prehistoria, Edad Antigua, Edad Moderna...) tiene sus orígenes en un pensamiento occidental con pretensiones universalistas –y, en consecuencia, colonialistas (Mignolo, 2000)–, en cuanto que, por ejemplo, conceptos temporales como la Prehistoria o la Edad Media aplican de forma distinta en función de la geografía a la que se refieran o, en su caso y en ciertos contextos, carecen directamente de sentido (Haber, 2013; Quijano, 1992; Thomas, 2004). Que utilicemos estas delimitaciones del tiempo histórico por convención como marcos para desarrollar un trabajo –algo en sí razonable y necesario–, no elimina *per se* la carga conceptual e ideológica que implican. Lo relevante es ser conscientes, en primer lugar, de esta carga y, en segundo lugar, de las constricciones y determinismos que incorporan en tanto que formadores de discursos (Foucault, 1978, 1988).

Un ejemplo clásico en este sentido podría ser el concepto de «Edad Media». Nacido en la Italia del *Quattrocento* y retomado en la Francia del absolutismo, sirvió a los poetas e intelectuales de la época como una forma de distanciamiento cultural, para marcar el inicio de una nueva era –y de las políticas que implicaba–, más vinculada al glorioso pasado grecolatino que al oscuro mundo de la barbarie post-romana; una edad entre edades (Le Goff, 2003). Y si bien esta connotación ya no opera de la misma manera ni es utilizada de igual forma por parte de los especialistas, no por ello su carga ideológica desaparece y, además, en el caso de la «Edad Media», mantiene un fuerte arraigo en el lenguaje común (Fossier, 2018). Otros interesantes ejemplos podrían ser los términos de Revolución Industrial o Renacimiento dentro de la historiografía anglosajona, como ha analizado P. Courtney (1997)<sup>2</sup>. En estos casos, si bien en apariencia se trata de conceptos sin una carga interpretativa o ideológica, estos se revelan en un análisis discursivo más profundo. Con todo, se trata de términos muy comunes y utilizados instrumentalmente por los académicos como marcadores temporales, conscientes o no de su carga teórica.

Por el contrario, otros términos temporales sí mantienen de forma más explícita una significativa carga conceptual y discursiva, con fuertes connotaciones y denotaciones para aquellos especialistas que los utilizan. Este sería el caso de la «Antigüedad

---

<sup>2</sup> En relación a la Revolución Industrial el autor comenta que: «*In some ways the notion of the British Industrial Revolution seems to have supplanted the notion of Empire as the great achievement of our island in popular consciousness. It was a more pragmatic and modernistic gift to the world than our three centuries as colonial rulers which we erased from our national consciousness in the act of collective denial in the post-war period... One of the problems with the Industrial Revolution is that it has been in many of its classic forms a largely Anglo-centric concept*» (Courtney, 1997). Por su parte, el Renacimiento sería tratado desde la historiografía liberal como una mera anécdota: «*In Britain, as Walter Ferguson long ago pointed out, the Renaissance formed only part of a package centred on the Tudor monarchy. It is no accident that we have no national museum of the Renaissance*» (Courtney, 1997).

Tardía» o «Tardoantigüedad», precisamente porque nació como una forma de confrontación a otra conceptualización temporal, aquella de la caída (*decline*) del Imperio Romano (Brown, 1989, 1997; Escribano Paño, 2016; James, 2008). Así, desde el punto de vista de lo tardoantiguo y frente a una visión catastrofista de la historia, este término permitía destacar la continuidad y la transformación paulatina del proceso histórico entre el final del mundo romano y el inicio del medieval (Liebeschuetz, 2001; Ward-Perkins, 1997). Este concepto, desde que fue asentado como proyecto histórico por Peter Brown en los años 70, ha tenido un gran éxito, que ha conllevado incluso la creación de tres revistas específicas, la francesa *Antiquité Tardive* en 1993, y las americanas *Journal of Late Antiquity* en 2008 y *Studies in Late Antiquity* en 2017.

Hay que destacar que ha sido un concepto cuyo uso tiene un marcado sesgo territorial, siendo sobre todo popular entre aquellos historiadores del próximo oriente. En esencia, y como defiende E. James, el concepto de lo tardoantiguo ha tenido más peso historiográfico en estas tradiciones debido fundamentalmente a que la documentación escrita de los siglos IV al VIII<sup>3</sup> conservada es más voluminosa, así como a la existencia de un mayor desarrollo de las expresiones artísticas (James, 2008). Sobre esta relevante cuestión geográfica volveré más adelante.

El caso de la historiografía de la península ibérica –incluyendo Portugal– reviste de cierta singularidad. En la academia ibérica, lo tardoantiguo ha gozado de una relativa buena aceptación que ha implicado, a partir de los años 80 y 90, la creación de asignaturas y plazas específicas de historia o arqueología tardoantigua<sup>4</sup> y su uso común en trabajos de divulgación. Una búsqueda con el término «Antigüedad Tardía» en Google Scholar arroja un nada desdeñable resultado de 106.000 trabajos –a los que habría que añadir 41 700 de la búsqueda «Antigüedad tardia» en portugués–, lo que es un reflejo de su popularidad dentro de la academia ibérica. Este éxito se relaciona, en gran medida, con la particularidad histórica de la propia península, determinada por uno de los reinos bárbaros más «continuadores» del imperio romano y una conquista única en toda Europa occidental, aquella de los ejércitos arabo-bereberes de la octava centuria. Sin embargo, y como ha ocurrido con otros términos y conceptos –como, por ejemplo, el de modo de producción campesino (Tejerizo García, 2020)– su recepción por parte de la academia española –y, en general, de la historiografía

<sup>3</sup> Todas las fechas del trabajo son, por defecto, después de nuestra era.

<sup>4</sup> Las implicaciones de la asunción de un concepto dentro de la academia sobre otros pueden llegar a desbordar las cuestiones teóricas y metodológicas para generar relaciones específicas dentro del campo científico (Bourdieu, 1984). Una anécdota personal servirá para ejemplificar esto. Durante el año 2021 solicité una plaza con perfil de «Arqueología tardoantigua». Si bien una gran parte de mi investigación está directamente relacionada con la arqueología de este específico período cronológico, se consideró que no encajaba del todo en el perfil buscado y así se reflejó en la nota específica para ese apartado de adecuación al perfil de la plaza, entendiéndolo que la razón fundamental, y en cierto sentido legítima, es porque suelo referirme a este período como «altomedieval» por lo que se consideró que el perfil era más adecuado para una plaza de arqueología medieval y no para una de «tardoantigua».

(Giardina, 1999)– ha sido en su mayoría muy acrítica, de tal manera que normalmente se acepta y utiliza el término, pero no se realiza un ejercicio crítico sobre sus implicaciones interpretativas. De ahí se ha derivado un debate, en apariencia nominalista y «bizantino» –nunca mejor dicho– sobre el uso de diversos términos históricos para definir el período entre los siglos III y VIII, ya sea el de «Tardoantigüedad», «Bajo Imperio Romano», «Alta Edad Media» o «época sueva/visigoda/bizantina», entre otros (Martínez Jiménez, Sastre De Diego, y Tejerizo García, 2018: 27 y ss.) (Figura 1). Escribo en apariencia porque, aunque se desenvuelve normalmente en el nivel de lo terminológico, acaba por encerrar en muchos casos una fuerte carga interpretativa que no se explicita convenientemente a la hora de afrontar un análisis histórico.

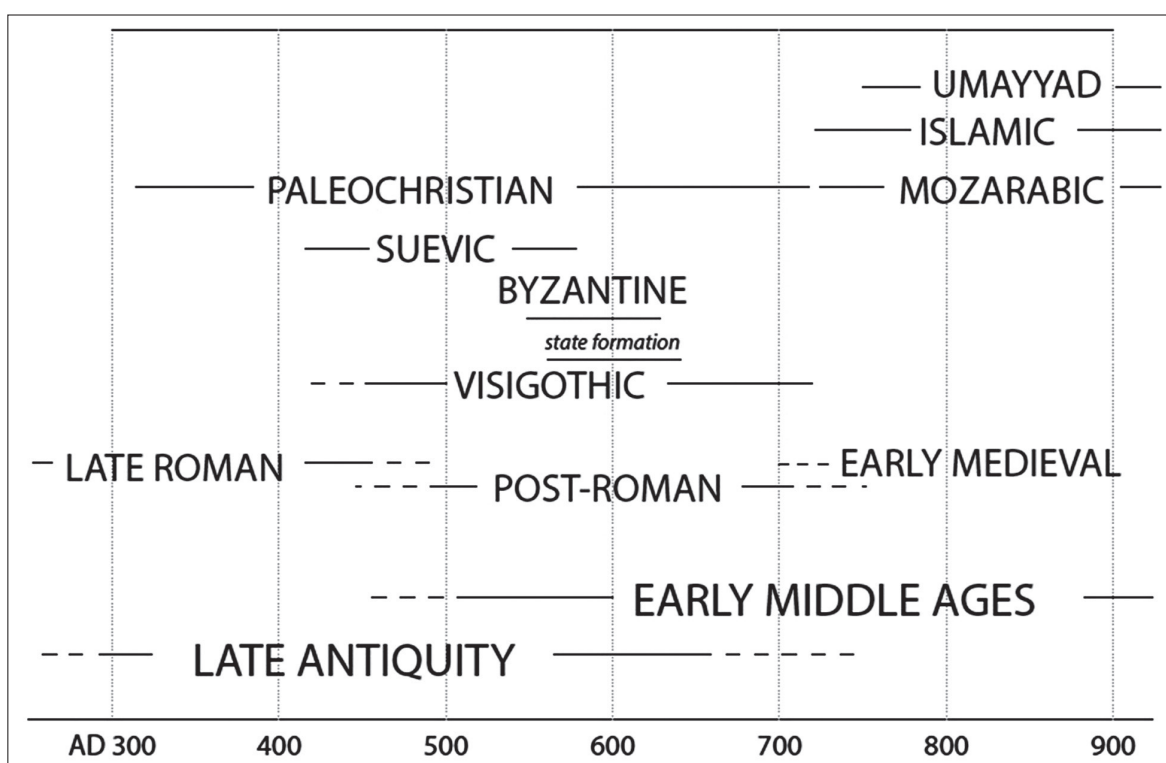


Figura 1

Diferentes conceptos utilizados para referirse al período post-romano.

Fuente: Martínez *et al.* 2018

En mi opinión, y siguiendo la línea trazada por C. Wickham (2005, 2009), en última instancia es irrelevante el término que se utilice para definir un período mientras el foco se ponga en los aspectos argumentativos e interpretativos. Pero al mismo tiempo, me parece necesario realizar una reflexión crítica sobre las implicaciones y los marcos narrativos que acompañan a cada uno de estos conceptos, precisamente porque, como se defendía al inicio, conllevan una carga discursiva de la que hay que ser consciente y, sobre todo, valorar analíticamente si esa carga es coherente con la realidad empírica (Bate, 1998). En palabras de M. Foucault: «La función enunciativa [...] no puede ejercerse sobre una frase o una proposición en su estado libre. No basta



decir una frase [...] es preciso ponerla en relación con todo un campo adyacente» (Foucault, 1978: 163). Precisamente, y esto es lo que se defenderá en el trabajo, es la realidad empírica proveniente de los avances en la investigación arqueológica del período entre los siglos IV y VIII, y particularmente los análisis de poblamiento, ese campo adyacente que permite determinar los límites, sino contradicciones, del concepto de la Antigüedad Tardía al menos para una parte de la península ibérica y, por extensión, a grandes partes de Europa occidental (Ward-Perkins, 2005).

El presente trabajo se dividirá en tres partes. En la primera se realizarán algunos apuntes sobre la genealogía de la Antigüedad Tardía a partir de los trabajos fundadores y de otros que han analizado este concepto. En una segunda parte, se realizará una valoración crítica de los límites y posibilidades de este término en cuanto concepto teórico a la luz de algunos casos de estudio, defendiendo como idea principal que los cambios sistémicos producidos a partir del siglo V en gran parte de la península ibérica contradicen algunas de las ideas principales de la Antigüedad Tardía. Por último, se realizará una síntesis en clave de consenso, al mismo tiempo que se defenderá el uso del concepto de «Primera Alta Edad Media», por ajustarse mejor a las transformaciones que se observan en la documentación escrita y arqueológica.

## 1. ALGUNOS APUNTES SOBRE LA GENEALOGÍA DEL PROYECTO HISTÓRICO DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

El objetivo de esta sección no es realizar una aportación original a la genealogía del concepto de Antigüedad Tardía, cuestión abordada por multitud de especialistas desde hace décadas<sup>5</sup>. El objetivo es mucho más humilde y se centrará en trazar una síntesis crítica del origen y desarrollo de este concepto a partir de algunos trabajos de referencia, así como una delimitación de sus aspectos fundamentales y, sobre todo, de las principales cargas discursivas e interpretativas que conlleva.

En primera instancia, cabe señalar que la Antigüedad Tardía no es tanto –o no sólo– una delimitación histórica, sino que podría definirse como un proyecto historiográfico en sí mismo, en tanto que programa de investigación con temáticas, problemas históricos y métodos específicos<sup>6</sup>. Aunque el término fue popularizado por P. Brown, sus orígenes como tal son algo anteriores. Concretamente, la primera vez que aparece en un trabajo académico sería dentro de la historia del arte alemana de principios del siglo XX<sup>7</sup>. Posteriormente sería retomado en la tradición anglosajona en una publicación de 1945 de P. Friedlaender sobre textiles de época romana tardía, así como en

---

<sup>5</sup> Una referencia obligada en este sentido sería el primer número del *Journal of Late Antiquity* de 2008.

<sup>6</sup> Definido así por E. James en su trabajo dedicado al tema (James, 2008). En su propia revisión de la genealogía de *The world of Late Antiquity*, P. Brown afirma que: «*The World of Late Antiquity* marked only the very first stages of what was an entirely new agenda» (Brown, 1997: 19).

<sup>7</sup> Concretamente, fue usado por primera vez en 1901 por el historiador del arte Alois Riegl en la introducción de un estudio sobre los textiles egipcios (Giardina, 1999; Marcone, 2008).

el libro de Samuel Sambursky *The physical world of Late Antiquity*, publicado en 1962 (James, 2008). Con todo, es sin duda con los trabajos de P. Brown durante los años 70 cuando se establece como tal proyecto historiográfico. El pistoletazo de salida sería el ensayo *The world of Late Antiquity: AD 150-750* publicado en 1971, y asentado en sus trabajos posteriores, especialmente; por citar los más relevantes, *The making of Late Antiquity*, de 1978 y el volumen colectivo *Late Antiquity: a Guide to the Postclassical World*, publicado en 1999. Las raíces intelectuales del proyecto de la Antigüedad Tardía de P. Brown son muy variadas y explicitadas por él mismo (Brown, 1997), e incluyen los trabajos de historiadores como H.-I. Marrou, A. Piganiol, N. Baynes, A. Momigliano, S. Mazzarino así como la aproximación antropológica de M. Douglas. Igualmente, fueron muy influyentes en la concepción de este proyecto los trabajos de A. H. M. Jones, F. Braudel y su *El Mediterráneo...* o los trabajos de H. Pirenne (James, 2008). Como el mismo Brown comenta, la emergencia del proyecto sobre la Antigüedad Tardía fue un proceso acumulativo dentro de un contexto historiográfico de desapego creciente ante el pesimismo de las propuestas de Gibbon y de Rostovtzeff (Brown, 1997).

En esencia, el proyecto de la Antigüedad Tardía se plantea el objetivo de narrar el paso del mundo romano tardío al medieval en términos de transformación paulatina y de continuidad con respecto al período romano clásico. Este es el objetivo explícito delimitado por el propio P. Brown en el prefacio de *The world...*:

«*This book is a study of social and cultural change... To study such a period one must be constantly aware of the tension between change and continuity in the exceptionally ancient and well-rooted world round the Mediterranean... How to draw on a great past without smothering change. How to change without losing one's roots... these are problems which every civilized society has had to face. These were particularly insistent in the Late Antique period*» (Brown, 1989: 7-8)<sup>8</sup>.

De forma quizá más articulada encontramos la definición de este proyecto en la introducción de la *Late Antiquity: a guide to the postclassical world*:

«*Late Antiquity: A Guide to the Postclassical World has been put together on the frank assumption that the time has come for scholars, students, and the educated public in general to treat the period between around 250 and 800 as a distinctive and quite decisive period of history that stands on its own. It is not, as it once was for Edward Gibbon, a subject of obsessive fascination only as the story of the unraveling of a once glorious and «higher» state of civilization. It was not a period of irrevocable Decline and Fall, not was it merely a violent and hurried prelude to better things*» (Bowersock, Brown, y Grabar, 1999: IX).

---

<sup>8</sup> Otra manifestación explícita se puede encontrar en su relectura de 1997: «*This conviction would eventually enable me, when writing *The World of Late Antiquity*, to commit with confidence, indeed with palpable enthusiasm, the hubris of narrating the entire history of the religious and cultural revolution associated with the end of the ancient world without invoking an intervening catastrophe and without pausing, for a moment, to pay lip service to the widespread notion of decay*» (Brown, 1997).

En síntesis, frente a la «asfixiante» (*smothering*) losa de eventos históricos como la crisis del siglo III, el fin del Imperio Romano de 476 y el del Imperio Sasánida del 655 o las invasiones bárbaras, el proyecto de la Antigüedad Tardía parte de la afirmación de que el mundo romano tuvo una supervivencia en sus caracteres esenciales hasta, al menos, la octava centuria –si bien esto nunca fue explicitado por P. Brown, como señalaremos. Dicho de otra manera, se trataba de una punta de lanza contra la tendencia más catastrofista del *decline* del Imperio Romano articulada por Gibbon y Rostovtzeff (Liebeschuetz, 2001; Ward-Perkins, 1997)–.

La superación de esta visión catastrofista del período post-romano es la base sobre la que se construyen las características principales del proyecto de la Antigüedad Tardía, comenzando por su delimitación cronológica. De nuevo, P. Brown señala de forma explícita –si bien en ocasiones flexible (Giardina, 1999)– cuál es el rango temporal que abarca el concepto, entre aproximadamente el año 200 y el año 700/800 (Bowersock, *et al.*, 1999: ix; Brown, 1989: 7). De esta manera, la narrativa histórica saltaba sobre los conflictivos siglos III y V que habían sido repetidamente utilizados por la historiografía catastrofista como los puntos de no retorno de un proceso de declive del Imperio Romano. Los estudios dentro de la Antigüedad Tardía resaltaban, pues, los rasgos que permitían trazar una línea de continuidad entre el Imperio Romano «clásico», aquel de las dinastías julio-claudia y antonina, y el supuesto momento de declive, a partir del conflictivo siglo III y la dinastía severa. En palabras de P. Brown: «*It follows from this that the changes that come about in Late Antiquity can best be seen as a redistribution and a reorchestration of components that had already existed for centuries in the Mediterranean world*» (Brown, 1978: 11).

Si bien no cabe duda de que el proyecto de la Antigüedad Tardía permitió relativizar el anquilosante obstáculo del 476 para visualizar una narrativa más compleja de los hechos históricos (Ward-Perkins, 2005: 3-10), uno de los problemas subyacentes fue el de determinar un final para esta línea argumentativa (Escribano Paño, 2016). A grandes rasgos, el final de la Antigüedad Tardía se establecía, al menos para el occidente europeo, en el siglo VIII –para el este se podría extender incluso hasta el siglo XV–, y relacionado, vagamente, con la emergencia del Islam y su expansión en el Mediterráneo (Brown, 1989), si bien esto fue matizado posteriormente (Bowersock, *et al.*, 1999). En su estudio sobre la reconstrucción del pasado en época tardoantigua, A. Cameron define este momento como el de un verdadero cambio, pero siempre desde la transformación paulatina, de reinterpretación del pasado: «*The debt of Islam to Judaism and to Christianity is profound, but it did not continue those religions so much as reinterpret them*» (Cameron, 1999: 11).

Otro de los elementos fundamentales del proyecto de la Antigüedad Tardía es la centralidad que jugó el análisis del Imperio Romano de Oriente, el Imperio Bizantino. Así, es en el este europeo donde esta narrativa cogería más fuerza en tanto que el desarrollo y expansión del Imperio Bizantino permite hilar estos nexos de continuidad



política e identitaria (Bowersock, *et al.*, 1999<sup>9</sup>). Sin embargo, la cuestión se complica al tratar la parte occidental del antiguo Imperio Romano, donde no se acaba por dar una explicación razonable a las causas profundas que permiten congeniar una continuidad con el pasado post-romano, una transformación paulatina que pueda superar las deterministas visiones del declive del Imperio Romano y los evidentes trastornos políticos y sociales que causaron tanto las transformaciones políticas de la quinta centuria como la emergencia del Islam en el Mediterráneo en su conjunto.

Esta problemática, en principio puramente cronológica, gana perspectiva en un nivel discursivo más profundo. En un provocador trabajo publicado en 2001, W. Liebeschuetz analizaba el proyecto de la Antigüedad Tardía en relación a las dinámicas culturales y políticas británicas, primero, y norteamericanas después<sup>10</sup> en las que P. Brown y su escuela habían desarrollado el concepto (Liebeschuetz, 2001). El autor concluía que el proyecto de la Antigüedad Tardía, tanto en sus bases fundamentales como en las temáticas de estudio elegidas, así como en el rechazo de la idea de la crisis y el *decline and fall*, eran un reflejo del ambiente multicultural en el que se desenvolvía la política usamericana de los años 70, previo al conservadurismo de la administración Reagan, y la asunción que de este ambiente hizo la universidad en el norte americano. Concluía el autor: «*I am suggesting that in the case of historians with whom I am concerned, the choice of particular topics for research, as well as the relative neglect of others, reflects this particular way of thinking. The outlawing of the concept of decline is merely a radical application of multiculturalism*» (Liebeschuetz, 2001: 7). Un multiculturalismo en clave positiva acorde, a su vez, con una visión europeísta de la historia, en el que se trataba de superar la centralidad del estado-nación y del conflicto étnico hacia una mirada transfronteriza en el que las distintas culturas (europeas) podían reconocerse, encontrar sus raíces comunes y dialogar (Brown, 1997; James, 2008). Al mismo tiempo, un multiculturalismo que rechazaba la idea de crisis profundas y transformaciones radicales y súbitas hacia transiciones paulatinas, aculturación progresiva y síntesis culturales.

Esta mirada multicultural y transfronteriza se visibilizaría en las temáticas principales abordadas por la propia Antigüedad Tardía (Liebeschuetz, 2001: 3). En coherencia con la línea argumentativa del proyecto de la Antigüedad Tardía, los ejes principales sobre los que han pivotado los estudios principales de este período han sido la historia cultural y la historia religiosa. Así, la emergencia del cristianismo y la religiosidad son, sin duda, los elementos más significativamente resaltados por este proyecto historiográfico (Brown, 1978; Cameron, 1999; Humphries, 2020; Treadgold, 1994). El cristianismo –entendido igualmente como la principal seña de identidad de la historia cultural europea del momento– se convierte de esta manera en uno de los principales

---

<sup>9</sup> Habría que hacer mención aquí al uso del término «bizantino» para definir una parte de este mismo período que aquí tratamos, si bien se utiliza más comúnmente para analizar la historia a partir del siglo VI y, más concretamente, a partir de Justiniano (Martínez Jiménez, *et al.*, 2018).

<sup>10</sup> En 1978 P. Brown se trasladaría de la Universidad de Oxford a la Universidad de California en Berkeley.

hilos de Ariadne que permite mantener una conexión argumentativa entre los siglos III y VIII –e, incluso, más allá (Bowersock, *et al.*, 1999)–. Por extensión, sujetos principales de estudio del proyecto de la Antigüedad Tardía son los emperadores, intelectuales y grandes personalidades del momento –la gran mayoría representantes de una élite urbana y terrateniente–, así como las grandes obras literarias y artísticas, como reflejo de una mentalidad y una espiritualidad comunes (Brown, 1989; Treadgold, 1994).

Evidentemente, no hay ninguna objeción en la elección de estos objetos y sujetos de estudio. Más aún, este enfoque ha permitido profundizar brillantemente sobre algunos de los temas principales que han configurado la historia europea hasta la actualidad (Giardina, 1999). Como afirman los autores de la introducción de la *Late Antiquity: A guide...*, «*if we do not like what we see in late antiquity, it is often because the ideas and the structures that first emerged at that time are still with us*» (Bowersock, *et al.*, 1999: x). Sí, en cambio, se pueden señalar algunas reservas en las implicaciones profundas que este enfoque supone. La elección de ciertos objetos y sujetos de estudio, al igual que los conceptos que sobre ellos se aplican, asume, como se señalaba al inicio, una cierta concepción de la historia y de los agentes que en ella se desarrollan (Bate, 1998; Mcguire, 2021). Al poner el acento tanto en la historia cultural como en el cristianismo como vectores fundamentales, es inevitable caer en una cierta visión elitista de la propia historia –y, en última instancia, idealista (Cohen, 2001)–, en la que son las élites sociales, políticas y culturales las que marcan el ritmo histórico, siendo el resto de los agentes sociales, especialmente aquellos en las periferias políticas como el campesinado –la gran mayoría de la sociedad medieval (Fossier, 2018) –, sujetos pasivos de estos devenires (Quirós Castillo y Tejerizo García, 2020; Tejerizo García, 2017: 33; Wickham, 2005: 829).

Esto no implica que no se haya aplicado el concepto de Antigüedad Tardía para estudiar otro tipo de temas u otro tipo de sujetos. Hasta ahora me he referido fundamentalmente a los estudios fundadores del proyecto de la Antigüedad Tardía y a sus principales líneas de trabajo. Sin embargo, el éxito del proyecto desde los años 70 ha provocado inevitablemente –y por fortuna– la expansión de las temáticas de trabajo, una «explosión» de la tardoantigüedad (Giardina, 1999; Humphries, 2017)<sup>11</sup>, siguiendo la expresión de A. Giardina. En este sentido, cabría hacer dos apreciaciones generales. La primera es que, como se advertía en la introducción, una gran cantidad de trabajos han asumido el concepto de Antigüedad Tardía sólo en su dimensión cronológica, sin tener en cuenta –al menos consciente y voluntariamente– las implicaciones detrás del concepto. Esto es visible en la enorme cantidad de trabajos que utilizan la categoría «Antigüedad Tardía» o «tardoantiguo» en los títulos, como ya se ha hecho referencia anteriormente. La otra apreciación es que es precisamente en su aplicación a ciertos temas, como son las dinámicas de poblamiento y el mundo rural en el occidente europeo donde este concepto ha tenido sus mayores limitaciones, como trataré de mostrar en la siguiente sección a través de un caso de estudio particular.

<sup>11</sup> Ver también la editorial del primer número de *Studies in Late Antiquity*: «*Why does the world need a new journal on Late Antiquity?*».

## 2. LÍMITES Y POTENCIALIDADES DE LO TARDOANTIGUO A PARTIR DEL ANÁLISIS DEL SISTEMA DE POBLAMIENTO

Durante los años 70 y 80, momento de emergencia del proyecto de la Antigüedad Tardía, el desarrollo de la Arqueología post-romana y medieval era todavía muy incipiente en el occidente europeo, sobre todo en aquellos aspectos que iban más allá del mundo funerario y de la monumentalidad (Chapelot, 2010; Gilchrist y Reynolds, 2009). En las últimas tres décadas, el desarrollo de lo que se ha denominado (en España) arqueología de urgencia o arqueología comercial ha supuesto una auténtica revolución en el conocimiento del mundo post-romano desde el punto de vista material (Quirós Castillo, 2018). Una revolución que, lentamente, ha sido asumida por la historiografía y el documentalismo (Martín Viso, 2016; Wickham, 2005). Entre la multitud de temas que han sido radicalmente transformados por este proceso, la cuestión de las dinámicas de poblamiento entre los siglos V y X es quizá una de las más significativa y más tratadas por la historiografía arqueológica reciente. No en vano los sistemas de poblamiento han sido utilizados recurrentemente como ejemplos de las sustanciales transformaciones ocurridas en el occidente europeo durante el período post-romano (Hamerow, 2002, 2012; Klapste y Nissen-Jaubert, 2007; Tejerizo García, 2016b). En esta sección se defenderá que estas dinámicas de poblamiento son un objeto de estudio óptimo para valorar las potencialidades y los límites de ciertas conceptualizaciones provenientes del proyecto de la Antigüedad Tardía. Para ello se utilizará como caso de estudio principal la zona central de la península ibérica, si bien se tratará de poner en relación con otros casos de estudio de otras regiones.

En términos generales, la arqueología del centro peninsular muestra un panorama para el siglo IV relativamente homogéneo, con un sistema de poblamiento vertebrado en torno a distintas ciudades que actuarían como lugares centrales de articulación de la distribución y consumo (Arce, 2009; Fuentes Domínguez, 1997), y un complejo mundo rural cuyo elemento más visible serían las grandes villas latifundistas (Chavarría Arnau, 2007), pero que se complementarían con un igualmente complejo mundo de asentamientos secundarios y pequeños entornos rurales (Pérez Losada, 2002). Un factor de novedad en esta cuarta centuria es la emergencia de una nueva materialidad cristiana. Sin embargo, si bien es a partir de este momento cuando se comienzan a detectar las primeras evidencias arqueológicas relacionadas con el cristianismo (Cerrillo Martín De Cáceres, 1986; Mateos Cruz, 1999), estas no sólo son escasas, sino que se concentran fundamentalmente en las ciudades, y no suponen un elemento disruptor de las características urbanas principales, tales como el trazado o la centralidad de la edilicia pública romana (foros, teatros, basílicas...), como sí se observaría para los siglos V en adelante (Martínez Jiménez, *et al.*, 2018).

A partir de la segunda mitad del siglo IV, pero sobre todo durante el siglo V cuando se visibilizan en el registro arqueológico cambios muy sustanciales en las dinámicas de poblamiento. Como ha sido resaltado en otros trabajos (Tejerizo García, 2016a), cuatro son fundamentalmente los procesos más significativos: la transformación del mundo urbano (Gurt I Esparraguera, 2000-2001; Martínez Jiménez, 2013), el final de

las villas tardoimperiales, la aparición de asentamientos fortificados (Tejerizo García y Canosa Betés, 2018) y la emergencia de nuevos tipos de asentamientos rurales vinculados al campesinado (Vigil-Escalera, 2015). Estos cuatro procesos no sólo aparecen de forma repetida en el registro arqueológico de múltiples regiones del centro peninsular –así como en otras regiones europeas–, sino que, a partir de las dataciones y contextos analizados con un cierto grado de rigurosidad, parecen estar íntimamente ligados.

Especialmente significativo para los propósitos del presente trabajo es la cuestión del final de la villa latifundista tardorromana. Estos contextos han sido utilizados de forma recurrente como una prueba de la continuidad de la estructura social y de la economía incluso hasta la séptima centuria (Ariño Gil, 2006). En esencia, la idea principal es que los cambios detectados en el registro arqueológico a partir de la quinta centuria en las villas serían no tanto una muestra de su final, sino de una adaptación de la estructura latifundista a una escala menor; de la villa a la *villula*, utilizando la terminología analizada por A. Isla (2001). Sin embargo, el avance en los estudios de las villas tardoimperiales indican con fuerza la profundidad de las transformaciones en estos espacios a partir del siglo V que permiten inferir que es el propio sistema latifundista el que se ha transformado (Tejerizo García, 2016a). Así, la mayoría de las villas parecen estar abandonadas hacia el tercer cuarto de la quinta centuria –un reciente estudio crítico del análisis de estas fases tardías sería el de la villa de Almenara-Puras, en Valladolid (García Merino y Sánchez Simón, 2004, 2017) (Figura 2)–, mientras que las que, aparentemente, continúan, o no han sido publicadas o revisadas con un cierto grado de profundidad, o se pueden vincular a otro tipo de procesos específicos y territoriales –por ejemplo, algunas villas del noroeste asociadas con la continuidad del comercio Mediterráneo (Pérez Losada, Fernández Fernández, y Vieito Covela, 2008)–.

En síntesis, estos procesos detectados en el registro arqueológico de la quinta centuria en el centro peninsular parecen indicar una transformación radical que afecta a las bases fundamentales de articulación del sistema en su conjunto. Un auténtico «cambio de escala» (Escalona Monge, 2011) que apuntaría a la emergencia de un mundo distinto al que vivían los bisabuelos de las poblaciones de la segunda mitad de la quinta centuria (Wickham, 2005). Un mundo que no volvería nunca a su fisonomía anterior, sino que avanzaría en una dirección totalmente opuesta. Así, uno de los elementos fundamentales para entender el sistema de poblamiento de los siglos VI al VIII es la emergencia de una nueva red de asentamientos rurales, granjas y aldeas, que se hace prácticamente hegemónica en todo el centro peninsular (Quirós Castillo y Vigil-Escalera, 2006) y en amplios territorios del occidente europeo (Quirós Castillo, 2009). Una red aldeana, además, cuya articulación coincide en el tiempo –hasta donde los datos y las dataciones nos permiten entender– con otros fenómenos de relevancia, como es el abandono de un importante número de asentamientos fortificados (Tejerizo García y Canosa Betés, 2018), así como la emergencia de nuevos tipos de ciudades (Olmo, 2008). Este tipo de contextos, desde la perspectiva del proyecto de la Antigüedad Tardía y de la continuidad,



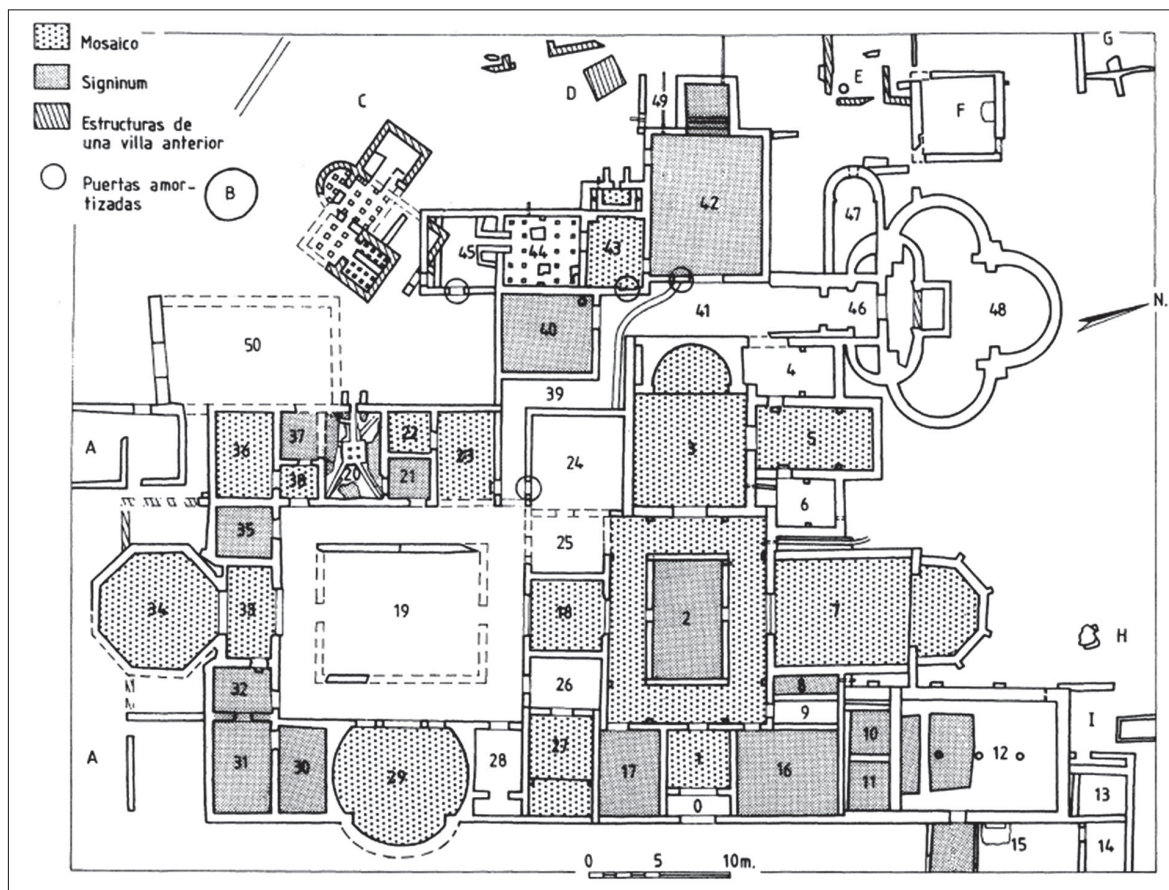


Figura 2  
Planimetría de la villa de Almenara-Puras  
(según García-Merino y Sánchez Simón, 2004)

han sido interpretados como excepciones o como entornos residuales dentro de un cuadro general similar a aquel del siglo IV (Ariño Gil, 2013; Diarte Blasco, 2018; Olmo Enciso y Castro Priego, 2011), a pesar de la abrumadora cantidad de datos que evidencian un tipo de asentamientos que hegemonizan el paisaje rural post-romano.

Sin embargo, no se trata únicamente de una reformulación de las bases del sistema de poblamiento, sino también de una nueva conceptualización del conjunto de las relaciones de producción. Son muchos los datos y estudios que permiten argumentar que a partir del siglo VI se desarrollan nuevas formas de socialización económica y política tanto en el mundo urbano como, sobre todo, en el mundo rural (Quirós Castillo y Vigil-Escalera Guirado, 2019). En este sentido, uno de los elementos materiales más interesantes que permiten entender la profundidad de estos cambios, en mi opinión, es el silo excavado como mecanismo principal de almacenamiento en el mundo rural (Vigil-Escalera, Bianchi, y Quirós Castillo, 2013). Así, la aparición ubicua de esta estructura a partir de la quinta centuria y, sobre todo, durante los siglos VI-VIII –llegando como tal estructura hasta bien entrada la Edad Media– mostraría una estructura productiva y de consumo radicalmente distinta a la del mundo de los siglos IV/V, centrado



en una sociedad típicamente campesina articulada a partir de las unidades domésticas (Tejerizo García, 2020). Un elemento, entre otros, que permite vincular de forma más estrecha estas sociedades con el mundo medieval que con el Imperio Romano.

Al igual que el proyecto de la Antigüedad Tardía, la octava centuria y la conquista árabe-bereber han sido utilizados como punto final de este proceso desarrollado desde el siglo III/IV así como el inicio de otros procesos historiográficos como son los de la mal llamada «reconquista», la despoblación/repoblación o la emergencia de los reinos cristianos medievales (Escalona Monge y Martín Viso, 2020). Sin embargo, no sólo estas narrativas han sido fuertemente contestadas desde la documentación escrita (Martín Viso, 2009), sino que los últimos datos arqueológicos parecen indicar un proceso disruptivo de larga duración. Así, las excavaciones que estamos llevando a cabo en el sitio de La Coba (San Juan del Olmo, Ávila) junto a otras desarrolladas en el sur del Duero (Martín Viso, Rubio Díez, López Sáez, Ruiz Alonso, y Pérez Díaz, 2017) (Figura 3), están mostrando que las transformaciones en el paisaje y el sistema de poblamiento se vienen detectando ya desde la segunda mitad del siglo VII con un momento importante de cesura a mediados del siglo VIII. Es en este último momento cuando se detectan muchos de los abandonos de las aldeas provenientes de las centurias anteriores en el centro peninsular (Tejerizo García, 2017), y que marcarían una nueva transformación en el sistema del poblamiento como consecuencia de la reestructuración política de la «larga» octava centuria (Hansen y Wickham, 2000).



*Figura 3*

Excavaciones en la aldea de La Coba (San Juan del Olmo, Ávila)

Evidentemente, esta narrativa no puede ser aplicada mecánicamente a todos los territorios europeos. Como bien han señalado tanto los promotores del proyecto de la Antigüedad Tardía como sus detractores, las diferencias macroterritoriales entre el este y el oeste de Europa son más que evidentes, con un mayor grado de continuidad en el sistema de poblamiento en el este (Ward-Perkins, 2005), cuestión también visible en la arqueología practicada en el este europeo (Vionis, 2013). Diferencias que, como ha señalado repetidamente C. Wickham, también pueden rastrearse a nivel regional (Wickham, 1989). Si bien existen muchos territorios que parecen compartir a grandes rasgos el proceso descrito para el centro peninsular, como es el caso del sur de Francia, el sur de Inglaterra (Arnold, 2000 [3rd edition]; Hamerow, 2012) o el centro-norte de Italia (Francovich y Hodges, 2003), otros mostrarían un mayor grado de continuidad en la articulación del sistema de poblamiento entre los siglos IV-VIII. Este podría ser el caso de algunos espacios de la costa Mediterránea peninsular (Bernal Casasola y Bonifay, 2010) o, sobre todo, de aquellos territorios periféricos o más allá de las fronteras del Imperio Romano, cuyos contextos mostrarían rasgos de continuidad muy relevantes (Hamerow, 2002; Loveluck, 2013). Una perspectiva territorial que, en el fondo, se convierte en un punto de encuentro entre las distintas narrativas, como se defenderá en el último apartado.

### 3. CONTRA LA ANTIGÜEDAD TARDÍA, POR UNA PRIMERA ALTA EDAD MEDIA

En una entrevista concedida al diario El País en mayo de 2021, P. Brown señalaba, hablando del uso instrumentalista de la historia por parte de los políticos que:

«olvidar es una tragedia. Puede liberar a ciertas personas de los malos recuerdos. Pero creo que el problema son los recuerdos a medias. No es que hayamos prescindido de la memoria histórica, es que hemos disminuido nuestra capacidad de interponernos y criticar las falsas memorias históricas... Retorcer la historia es aún peor que olvidarla. Lo peligroso son las medias memorias que utilizan los políticos para avivar el resentimiento y los miedos»<sup>12</sup>.

Se trata de un alegato de uno de los mayores historiadores vivos en favor del rigor histórico, así como de la defensa de la utilidad de la Historia para comprender mejor las sociedades actuales. En este sentido, nadie podría poner en duda la altura intelectual de un historiador de la talla de P. Brown así como de la importancia historiográfica que el proyecto de la Antigüedad Tardía, un proyecto de toda una vida, ha tenido para el desarrollo de los estudios del primer milenio de nuestra era. A través del concepto de la Antigüedad Tardía, pero, más aún, de todo lo que este concepto implicaba en términos analíticos, se ha logrado no sólo sobrepasar artificiales eventos

---

<sup>12</sup> <https://elpais.com/babelia/2021-05-08/peter-brown-peor-que-olvidar-la-historia-es-retorcerla-para-avivar-el-resentimiento.html> [consultado el 27 de octubre de 2021].

históricos puntuales, como la caída del Imperio Romano en 476, en favor de análisis profundos de larga duración, sino también expandir nuestro conocimiento sobre aspectos tan variados como la religiosidad, la cultura de las élites políticas y económicas, la construcción política del Imperio Bizantino o la emergencia del Cristianismo.

Sin embargo, como se ha tratado de exponer a lo largo del trabajo, ideas como la continuidad o la transformación paulatina en el período post-romano no acaban por encajar bien con la realidad empírica, siendo las transformaciones en el sistema de poblamiento de amplios territorios de Europa Occidental un ejemplo perfecto para visibilizar estos límites. En este sentido, la realidad arqueológica parece señalar un punto de no retorno que podemos datar a lo largo de la quinta centuria y que afecta de forma sustancial a las bases económicas sobre las que, hasta ese momento, se sustentaban las sociedades del occidente europeo. Aunque desde parámetros y enfoques teóricos distintos, estaría de acuerdo con la afirmación de B. Ward-Perkins de que «*however, there is an insuperable problem with this new view [la de la Antigüedad Tardía]: it does not fit the mass of archaeological evidence now available, which shows a startling decline in western standards of living during the fifth to seventh centuries*» (Ward-Perkins, 2005: 87). Sin embargo, defender esta idea no equivale necesariamente a aceptar la visión catastrofista vinculada a las invasiones bárbaras y al «declive» del sistema romano y de los estándares de vida. Como se ha defendido en otros trabajos, esta visión, tanto en su genealogía en su fundamentación teórica, es potencialmente tan determinista como el proyecto de la Antigüedad Tardía (Tejerizo García, 2011).

La cuestión, innegable, es que estos sustanciales cambios se producen paralelamente a otros que han sido resaltados por la historiografía de la Antigüedad Tardía como signos de continuidad, ya sea la recuperación de parte de las estructuras institucionales durante época visigoda –particularmente en el mundo urbano–, la mantención de ciertas parcelas en la vida cultural y artística o la expansión del cristianismo. ¿Cómo congeniar los elementos de continuidad y de discontinuidad, la visión continuista y la catastrofista? En este sentido, es evidente que en gran medida la cuestión clave en el debate de la continuidad o la discontinuidad es sobre qué aspecto se focaliza el análisis y, en última instancia, el elemento o los elementos que se consideran fundamentales para justificar la transformación o continuidad de un sistema determinado. Por ejemplo, dentro de la historia cultural promovida por el proyecto de la Antigüedad Tardía es evidente que se observan mayores signos de continuidad en cuestiones como las expresiones artísticas o el uso de ciertas instituciones y cargos provenientes del mundo romano. Por el contrario, si el foco se pone en los patrones de comercio (Ward-Perkins, 2005: capítulo 5) o, como se ha hecho, en los sistemas de poblamiento de los territorios del interior del occidente europeo, la conclusión no puede ser otra que la de una radical transformación durante el período post-romano.

Este dilema no se puede resolver sino a través de una sólida fundamentación teórica, en la que se expliciten cuáles son los elementos que permiten definir lo que es un proceso de cambio o de continuidad (Bate, 1998). En este sentido, la opción que aquí se



ha tomado implícitamente y que ahora se explicita, es una perspectiva materialista en el que son las bases económicas las que sustentan un determinado tipo de proceso u otro. Una perspectiva que posiciona el «sistema económico», en palabras de W. Kula, como ese elemento fundamental que permite diferenciar la existencia de una continuidad o una discontinuidad. En palabras del historiador y economista polaco (Kula, 1974: 229):

«Sistema económico es un conjunto de relaciones económicas internamente ligadas, que precisamente por estar ligadas surgen más o menos simultáneamente, y también casi simultáneamente ceden el lugar a otras relaciones. El surgimiento y la desaparición de estas relaciones, que pueden datarse empíricamente, permiten definir los límites cronológicos de un sistema económico».

Así, y a partir de estas consideraciones, entiendo que las transformaciones que operan en la quinta centuria en espacios como el centro peninsular permiten hablar de «otro momento», de otro sistema económico (Tejerizo García, 2016a). Un sistema económico que no se impone súbitamente, sino que, como tal proceso histórico, requiere de una temporalidad específica, de una cierta duración histórica, lo que equivale a una percepción de la «crisis» también en términos de proceso. Sin embargo, la quinta centuria supone un punto de no retorno y el mundo que se dibuja a partir de este momento es, a partir del esquema presentado, más parecido al mundo medieval que al mundo tardoimperial (Vigil-Escalera, 2015). Es por ello que he propuesto en varios trabajos la denominación de Primera Alta Edad Media para este período entre los siglos V-VIII (Tejerizo García, 2017), un concepto proveniente de la historiografía francesa (Nissen-Jaubert, 2006: 143)<sup>13</sup> y que, en su perspectiva teórica y conceptual, permite aquilatar perfectamente todas estas cuestiones.

Junto con la perspectiva teórica y conceptual, el otro elemento fundamental sería el de la escala geográfica. Un aspecto repetidamente señalado por C. Wickham en el análisis de la Europa altomedieval es la regionalización de los procesos económicos, sociales y políticos (Wickham, 1989, 1996, 2005). Desde esta perspectiva, sólo desde una aproximación regional y comparativa pueden entenderse la profundidad de los procesos históricos ocurridos a partir de la «caída» de esa estructura englobante que fue el Imperio Romano (Quirós Castillo y Vigil-Escalera Guirado, 2019). Es desde esta perspectiva desde la cual se pueden abordar los aspectos de continuidad o de discontinuidad sin establecer posiciones unificadoras y, en última instancia, deterministas. Dicho de otra manera, la conceptualización de la Antigüedad Tardía o de la Primera Alta Edad Media son funcionales en cuanto sean coherentes con la realidad empírica del territorio y los procesos analizados.

---

<sup>13</sup> Se diferenciaría así una Primera Alta Edad Media de una Segunda Edad Media a partir de la octava centuria y hasta la definitiva emergencia de los sistemas feudales.

Esta perspectiva regional e inductiva es la que permite, para finalizar, proponer un espacio de diálogo entre las distintas formas de conceptualización histórica para el período que nos ocupa. Así, la propuesta no sería en ningún caso la de desechar el concepto de Antigüedad Tardía y sustituirlo por otro. Esto sería precisamente reducir el debate a una cuestión puramente nominalista y «bizantina», como se criticaba al inicio de este trabajo. Por el contrario, lo que se propone es precisamente lo contrario, el desarrollar los estudios desde todas las perspectivas teóricas y metodológicas posibles, siendo conscientes del bagaje conceptual que acarrea cada una de ellas. Un diálogo que permita establecer debates conceptuales críticos y de fondo sobre los procesos históricos, articulados a través de bases empíricas sólidas. Una perspectiva dialéctica de la ciencia y de la historia desde la cual es la puesta en marcha de argumentaciones sofisticadas y bien fundamentadas la que permite resolver los problemas históricos (Mcguire, 2002). En palabras de L. F. Bate: «De manera que, al comparar las posiciones teóricas, es posible evaluar al nivel y calidad de congruencia de unas y otras, por la vía de analizar su compatibilidad lógica interna, así como su completud» (Bate, 1998: 28-30). Así, y en definitiva, como afirma P. Courtney parafraseando a U. Eco (Courtney, 1997: 19):

*«we must remember that such key constructs as feudalism, the Middle Ages, the Renaissance and the late medieval urban decline are all conceptual ladders for enabling us to climb from one level of understanding to the next. However, having climbed to the next level we must be prepared to discard the ladder or else it becomes our master rather than our tool, stifling rather than aiding creativity».*

Como conclusión, y retornando a P. Brown, no podemos sino darle la razón a A. Marcone cuando escribe que: «to this day, Brown's book is a necessary point of reference in the discussion, whether one agrees with it or not» (Marcone, 2008: 13). Es en esta discusión donde se vislumbra la capacidad de la Historia para alumbrar mejor los tiempos pasados y, por extensión, los tiempos presentes.



## BIBLIOGRAFÍA

- ARCE, J. (2009): *El último siglo de la España romana 284-409*, Madrid.
- ARIÑO GIL, E. (2006): «Modelos de poblamiento rural en la provincia de Salamanca (España) entre la antigüedad y la Alta Edad Media», *Zephyrus* 59, 317-357.
- ARIÑO GIL, E. (2013): «El hábitat rural en la Península Ibérica entre finales del siglo IV y principios del VIII: un ensayo interpretativo», *Antiquité Tardive* 21, 93-123. <https://doi.org/10.1484/J.AT.5.101406>
- ARNOLD, C. J. (2000 [3rd edition]): *An Archaeology of the early anglo-saxon kingdoms*, New York.
- BATE, L. F. (1998): *El proceso de investigación en Arqueología*, Barcelona.
- BERNAL CASASOLA, D., y BONIFAY, M. (2010): «Importaciones y consumo alimenticio en las ciudades tardorromanas del Mediterráneo Nor-occidental (siglos VI-VIII d. C.): la aportación de las ánforas», A. García, R. Izquierdo, L. Olmo y D. Peris (Eds.) *Espacios urbanos en el Occidente Mediterráneo (siglos VI-VIII)* (páginas 45-64). Toledo.
- BLOCH, M. (1993): *Apología para la Historia o el oficio de historiador*, México.
- BOURDIEU, P. (1984): *Homo academicus*, Paris.
- BOWERSOCK, G. W., BROWN, P., y GRABAR, O. (1999): «Introduction», G. W. Bowersock, P. Brown y O. Grabar (Eds.) *Late antiquity: a guide to the postclassical world* (páginas VII-XI). Cambridge.
- BROWN, P. (1978): *The making of Late Antiquity*, Cambridge.
- BROWN, P. (1989): *The world of Late Antiquity: AD 150-750*, Londres.
- BROWN, P. (1997): «So debate the world of Late Antiquity revisited», *Symbolae Osloenses* 72:1,, 5-30. [doi.org/10.1080/00397679708590917](https://doi.org/10.1080/00397679708590917)
- CAMERON, A. (1999): «Remaking the past», G. W. Bowersock, P. Brown y O. Grabar (Eds.) *Late antiquity: a guide to the postclassical world* (páginas 1-20). Cambridge.
- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1986): «Arqueología de la religión. Reflexiones sobre el caso hispánico (siglos IV-VIII)» *Antigüedad y Cristianismo. Los visigodos: Historia y civilización* (Vol. III, páginas 491-500).
- COHEN, G. A. (2001): *Karl Marx's Theory of History: a defence*, Princeton.
- COLLINGWOOD, R. G. (2004): *Idea de la historia*, México.
- COURTNEY, P. (1997): «The tyranny of constructs: some thoughts on periodisation and culture change», D. Gaimster y P. Stamper (Eds.) *The Age of Transition. The Archaeology of English Culture 1400-1600* (páginas 9-23). Oxford.
- CHAPELOT, J. (Ed.). (2010): *Trente ans d'archéologie médiévale en France. Un bilan pour un avenir*. Caen.
- CHAVARRÍA ARNAU, A. (2007): *El final de las villae en Hispania (siglos IV-VII d. C.)*, Turnhout.
- DIARTE BLASCO, P. (2018): *Late Antique and Early Medieval Hispania. Landscapes without strategy? An archaeological approach*, Oxford.

- ESCALONA MONGE, J. (2011): «The Early Middle Ages: a scale-based approach», J. Escalona Monge y A. Reynolds (Eds.) *Scale and scale change in the Early Middle Ages. Exploring landscape, local society, and the world beyond* (páginas 9-30). Turnhout.
- ESCALONA MONGE, J., y MARTÍN VISO, I. (2020): «The life and death of an historiographical folly: the early medieval depopulation and repopulation of the Duero basin», S. Barton y R. Portass (Eds.) *Beyond the Reconquista. New directions in the History of Medieval Iberia* (páginas 21-51). Leiden/Boston.
- ESCRIBANO PAÑO, M. V. (2016): «¿Decadencia romana y antigüedad tardía? Los términos del debate historiográfico actual», M. Romero Recio (Eds.) *La caída del Imperio Romano. Cuestiones historiográficas* (páginas 177-190). Stuttgart.
- FABIAN, J. (2014): *Time and the other. How anthropology makes its object*, New York.
- FEBVRE, L. (1953): *Combates por la Historia*, Barcelona.
- FOSSIER, R. (2018): *Gente de la Edad Media*, Barcelona.
- FOUCAULT, M. (1978): *Arqueología del saber*, México.
- FOUCAULT, M. (1988): *Las palabras y las cosas*, Madrid.
- FRANCOVICH, R., y HODGES, R. (2003): *Villa to village: The transformation of the Roman Countryside in Italy, c.400-1000*, London.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, Á. (1997): «Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V d. C.» Congreso Internacional La Hispania de Teodosio (vol. 2) (páginas 477-496). Segovia.
- GARCÍA MERINO, C., y SÁNCHEZ SIMÓN, M. (2004): «De nuevo acerca de la villa romana de Almenara de Adaja (Valladolid): excavaciones de 1998 a 2002», *Archivo Español de Arqueología* 77, 177-195.
- GARCÍA MERINO, C., y SÁNCHEZ SIMÓN, M. (2017): *El final de la villa de Almenara de Adaja-Puras (Valladolid)*, Madrid.
- GIARDINA, A. (1999): «Esplosione di tardoantico», *Studi Storici* 40 1, 157-180.
- GILCHRIST, R., y REYNOLDS, A. (2009): *50 years of medieval archaeology in Britain and beyond*, London.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2019): *An Archaeology of the Contemporary Era*, Oxon.
- GURT i ESPARRAGUERA, J. M. (2000-2001): «Transformaciones en el tejido de las ciudades hispanas durante la Antigüedad tardía», *Zephyrus* LIII-LIV, 443-471.
- HABER, A. F. (2011): «Nometodología payanesa: notas de metodología indiscriminada», *Revista de Antropología* 23, 9-49. doi.org/10.5354/0719-1472.2011.15564
- HABER, A. F. (2013): «Anatomía disciplinaria y arqueología indiscriminada», *Arqueología* 19,, 53-60. doi.org/10.34096/arqueologia.t19.n0.1674
- HAMEROW, H. (2002): *Early medieval settlements: The Archaeology of Rural Communities in North-West Europe 400-900*, Oxford.
- HAMEROW, H. (2012): *Rural settlements and society in Anglo-Saxon England*, Oxford.

- HANSEN, I. L., y WICKHAM, C. (2000): *The long eighth century*, Brill.
- HUMPHRIES, M. (2017): «Late Antiquity and world history: challenging conventional narratives and analyses», *Studies in Late Antiquity* 1 1, 8-37. <https://doi.org/10.1525/sla.2017.1.1.8>
- HUMPHRIES, M. (2020): «Christianity and paganism in the Roman Empire, 250-450 C.E.», N. Baker-Brian y J. Lössl (Eds.) *A companion to religion in Late Antiquity*. Chichester and Malden.
- ISLA FREZ, A. (2001): «Villa, villula, Castellum. Problemas de terminología rural en época visigoda», *Arqueología y Territorio Medieval* 8, 9-19. [doi.org/10.17561/aytm.v8i0.1671](https://doi.org/10.17561/aytm.v8i0.1671)
- JAMES, E. (2008): «The rise and function of the concept “Late Antiquity”», *Journal of Late Antiquity* 1 1, 20-30. [doi.org/10.1353/jla.0.0003](https://doi.org/10.1353/jla.0.0003)
- KLAPSTE, J., y NISSEN-JAUBERT, A. (2007): «Rural Settlement», J. Graham-Campbell y M. Valor (Eds.) *The Archaeology of Medieval Europe. Vol. 1. Eighth to Twelfth Centuries AD* (páginas 76-110). Aarhus.
- KULA, W. (1974): *Teoría económica del sistema feudal*, Madrid.
- LE GOFF, J. (2003): *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Barcelona.
- LIEBESCHUETZ, W. (2001): «Late Antiquity and the concept of decline», *Nottingham Medieval Studies* 45, 1-11. [doi.org/10.1484/J.NMS.3.318](https://doi.org/10.1484/J.NMS.3.318)
- LOVELUCK, C. (2013): *Northwest Europe in the Early Middle Ages, c. AD 600–1150. A Comparative Archaeology*, Cambridge.
- MARCONE, A. (2008): «A long late Antiquity?: considerations on a controversial periodization», *Journal of Late Antiquity* 1, 1.
- MARTÍN VISO, I. (2009): «Espacios sin Estado: los territorios occidentales entre el Duero y el Sistema Central (siglos VIII-IX)», I. Martín Viso (Eds.) *¿Tiempos oscuros? Territorios y sociedad en el centro de la Península Ibérica (Siglos VII-X)* (páginas 107-135). Madrid.
- MARTÍN VISO, I. (2016): *Asentamientos y paisajes rurales en el occidente medieval*, Madrid.
- MARTÍN VISO, I., RUBIO DÍEZ, R., LÓPEZ SÁEZ, J. A., RUIZ ALONSO, M., y PÉREZ DÍAZ, S. (2017): «La formación de un nuevo paisaje en el centro de la península ibérica en el período posromano: el yacimiento de La Genestosa (Casillas de Flores, Salamanca)», *Archivo Español de Arqueología* 90, 7-28.
- MARTÍNEZ JIMÉNEZ, J. (2013): «Crisis or crises? The end of Roman Towns in Iberia, between the Late Roman and the Early Imayyad Periods», E. M. Van Der Wilt (Eds.) *Tough Times: The Archaeology of crisis and recovery* (páginas 77-90). Oxford.
- MARTÍNEZ JIMÉNEZ, J., SASTRE DE DIEGO, I., y TEJERIZO GARCÍA, C. (2018): *The Iberian Peninsula between 300. and 850. An archaeological perspective*, Amsterdam.
- MATEOS CRUZ, P. (1999): *La basílica de Santa Eulalia de Mérida. Arqueología y urbanismo*, Madrid.
- MCGUIRE, R. H. (2002): *A marxist Archaeology*, New York.
- MCGUIRE, R. H. (2021): «A relational marxist critique of posthumanism in Archaeology», *Cambridge Archaeological Journal*. [doi.org/10.1017/S0959774321000184](https://doi.org/10.1017/S0959774321000184)

- MIGNOLO, W. (2000): «La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad», E. Lander (Eds.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (páginas 55-85). Buenos Aires.
- NISSEN-JAUBERT, A. (2006): «Le haut Moyen Âge», A. Ferdière, F. Malrain, V. Matteredne, P. Méniel y A. Nissen-Jaubert (Eds.) *Histoire de l'agriculture en Gaule* (páginas 141-197). Paris.
- OLMO ENCISO, L., y CASTRO PRIEGO, M. (2011): «La época visigoda a través de la arqueología», *Zona arqueológica* 15, 47-78.
- OLMO, L. (2008): *Recópolis y la ciudad en la época visigoda*, Alcalá de Henares.
- PÉREZ LOSADA, F. (2002): *Entre a cidade e a aldea. Estudio arqueo-histórico dos «aglomerados secundarios» romanos en Galicia*, A Coruña.
- PÉREZ LOSADA, F., FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, A., y VIEITO COVELA, S. (2008): «Toralla y las villas marítimas de la Gallaecia atlántica. Emplazamiento, arquitectura y función», C. Fernández Ochoa, V. García Entero y F. Gil Sendino (Eds.) *Las «villae» tardorromanas en el Occidente del Imperio: arquitectura y función*. (páginas 481-506).
- QUIJANO, A. (1992): «Colonialidad y modernidad/racionalidad», H. Bonillo (Eds.) *Los conquistados* (páginas 437-449). Bogotá.
- QUIRÓS CASTILLO, J. A. (Ed.). (2009): *Archaeology of Early Medieval Villages in Europe*. Vitoria-Gasteiz.
- QUIRÓS CASTILLO, J. A. (Ed.). (2018): *Treinta años de Arqueología Medieval en España*. Oxford.
- QUIRÓS CASTILLO, J. A., y TEJERIZO GARCÍA, C. (2020): «Filling the gap. Peasant studies and the archaeology of medieval peasantry in light of the northern iberian evidence», *Journal of Agrarian Change*.
- QUIRÓS CASTILLO, J. A., y VIGIL-ESCALERA, A. (2006): «Networks of peasant villages between Toledo and Velegia Alabense, Northwestern Spain (V-Xth centuries)», *Archeologia Medievale* XXXIII, 79-128.
- QUIRÓS CASTILLO, J. A., y VIGIL-ESCALERA GUIRADO, A. (2019): «Archaeology of medieval peasantry in northwestern Iberia», S. Gelichi y L. Olmo Enciso (Eds.) *Mediterranean landscapes in post-Antiquity. New frontiers and new perspectives* (páginas 129-144). Oxford.
- TEJERIZO GARCÍA, C. (2011): «Ethnicity in early middle age cemeteries. The case of the "visigothic" burials», *Arqueología y Territorio Medieval* 18, 29-43.
- TEJERIZO GARCÍA, C. (2016a): «The end of the world as we know it: post-imperial social landscapes in North-Central Iberia (5th-6th centuries)», *Archeologia Medievale* XLIII, 383-397.
- TEJERIZO GARCÍA, C. (2016b): «Settlement patterns and social inequality: The Duero Basin in Early Middle Ages (4th-8th centuries)», J. A. Quirós Castillo (Eds.) *Social complexity in Early Medieval Rural Communities. The north-western Iberia archaeological record* (páginas 17-34). Oxford.
- TEJERIZO GARCÍA, C. (2017): *Arqueología de las sociedades campesinas en la cuenca del Duero durante la Primera Alta Edad Media*, Bilbao.

- TEJERIZO GARCÍA, C. (2020): «The archaeology of the Peasant Mode of Production. Peasant-based societies in central and northern Iberia during the Early Middle Ages», J. A. Quirós Castillo (Eds.) *Social inequality in Early Medieval Europe* (páginas 331-354). Turnhout.
- TEJERIZO GARCÍA, C., y CANOSA BETÉS, J. (2018): «Power, control and social agency in post-roman northern Iberia: an archaeological analysis of hillfort occupations», *Journal of Medieval Iberian Studies* 10.3, 295-323. doi.org/10.1080/17546559.2018.1504383
- THOMAS, J. (2004): *Archaeology and modernity*, London and New York.
- TREADGOLD, W. (1994): «Taking sources on their own terms and on ours: Peter Brown's Late Antiquity», *Antiquité Tardive* 2, 153-159.
- VIGIL-ESCALERA, A. (2015): *Los primeros paisajes altomedievales en el interior de Hispania. Registros campesinos del siglo quinto d. C.*, Bilbao.
- VIGIL-ESCALERA, A., BIANCHI, G., y QUIRÓS CASTILLO, J. A. (2013): *Horrea, Barns and silos. Storage and incomes in early medieval Europe*, Bilbao.
- VIONIS, A. K. (2013): «Considering a rural and household archaeology of the Byzantine Aegean: the ceramic spectrum», J. Bintliff y M. Caroscio (Eds.) *Pottery and social dynamics in the Mediterranean and beyond in Medieval and Post-Medieval times* (páginas 25-40). Oxford.
- WARD-PERKINS, B. (1997): «Continuists, catastrophists and the towns in northern Italy», *Papers of the British School at Rome* 65, 157-176.
- WARD-PERKINS, B. (2005): *The fall of the Roman Empire and the end of civilization*, Oxford.
- WICKHAM, C. (1989): «La otra transición: del mundo antiguo al feudalismo», *Studia histórica. Historia Medieval* 7, 7-35.
- WICKHAM, C. (1996): «Problemas de comparación de sociedades rurales en la Europa occidental de la temprana Edad Media», *Anales de Historia Antigua y Medieval* 29, 45-70.
- WICKHAM, C. (2005): *Framing the Early Middle Ages*, Oxford.
- WICKHAM, C. (2009): *The inheritance of Rome: a History of Europe from 400 to 1000*, London.



